

satisfecho de la labor realizada hasta ahora en el campo social nos contestó inmediatamente:

—Creemos haber hecho todo lo que hemos podido; pero tenemos el propósito y el deber de hacer todavía muchísimo más. Por de pronto, el ministerio de la Previsión Social va a ensanchar su base y aumentar sus atribuciones, pues nos proponemos llevar a él todos los servicios que dependen actualmente de los ministerios de Abastecimientos y de Sanidad, cuyos departamentos serán suprimidos. Y sin dejar de impulsar la labor de todas nuestras secciones, tenemos especial empeño en que pronto sea ley el proyecto que está estudiando actualmente la Comisión parlamentaria de seguros sociales. El Estado, que ha de exigir muchos sacrificios a los ciudadanos durante el período de nuestra organización nacional, no debe permitir que nadie sea víctima de la miseria ni sufra privaciones injustas. Y esto es precisamente lo que tratará de evitar la nueva ley.

El Sr. Habrman nos hablaba con gran entusiasmo de los planes del Gobierno. Nadie podía dudar oyéndole de que los había engendrado un convencimiento profundo y los iba a aplicar una voluntad firme.

A. FABRA RIBAS

Praga y junio de 1924.

El noctámbulo

El cortejo pasó bajo la lluvia,
en una tarde fría y oscura,
camino recto de la sepultura.
Dicen que la muerta era rubia.

El domingo anterior estuvo paseando
con su novio—guapo y sonriente—.
Ya el viernes, entre mucha gente
y entre cuatro cirios, la estaban velando.

Un año ha pasado lento y sombrío,
para el novio joven y taciturno,
que ahora se muere de frío.

Está pálido y no quiere cantar....
Con su guitarra va, como vigía nocturno
y nerviosamente se pone a tocar.

Oculto herida

Como una ascua roja me va quemando,
ignorada de todos, mi profunda herida;
y siempre, día y noche sangrando,
en silencio por ella, se me va la vida.

Honda, muy honda me va doliendo,
esquiva a consuelos y a ternuras,
porque altivamente paso sonriendo
con mi pálido ramo de amarguras.

A mis inquietudes no llega la melancolía:
que tiene vigor de torrente mi herida
y como una agua azul de armonía,
en silencio por ella, se me va la vida!

CLARA DIANA

San José, de Costa Rica.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Chutanayta

—Cuento puneño—

(De *Nosotros*, Buenos Aires)

SOBRE la rosada arena de un río seco puse los sobrepelos, coloqué la montura a guisa de almohada y me tendí a descansar. Era la tarde; silbaba recio el viento de la Puna. Antes de cerrar los ojos al sueño, miré el camino de herradura, el largo y fragoso camino en zig zag, que iba ondulando de un morro hasta otro morro, de una falda a una cumbre, que bajaba y subía. Yo lo había andado varias veces, caballero en una mula serrana y topé por él, arrieros y pastores y mujeres que iban a pié, huyendo a puishca; en ese camino, yo percibí el olor de miel de las flores de la chigua montés.

Sin darme vuelcos, soñando con las minas de borato, me dormí. Nadie escuchó mi soliloquio:

—La tonelada de borato me cuesta cuarenta pesos en Abra Pampa; el flete hasta Buenos Aires no vale menos de cuarenta y cinco pesos. Venderé la tonelada a ciento ochenta... Compraré camiones para transportar el mineral. Un burrito carga cincuenta kilos, una llama, veinticinco. Dentro de un año yo habré ganado quince mil pesos...

Una voz interior, acaso la pálida voz de la conciencia, me dijo tímidamente, como para no despertarme:

—Carlos... te estás aprovechando del trabajo de los pobres. No hace mucho, Sajama murió helado; ¿te acuerdas? Fuiste de mañana, tempranito, a reparar en el número de costales de borato que los mineros habían apilado el día anterior; en el camino te fijaste en un bulto cubierto de nieve; ¿qué pensaste? ¡Pobre Sajama! Después, tú bien lo sabes, con el pie le diste un golpe; el bulto cayó al suelo. Sajama aún tenía asida su barreta de minero...

Le respondí despacio:

—Es cierto... Y me pareció ver la cara amoratada de Sajama, sus manos morenas, huesudas, frías; me pareció verlo tendido sobre el suelo blanco, la boca entreabierta, los ojos cristalinos, adormilados.

—Les pagas un peso por día, ¡sólo un peso! Los pobres trabajan con el pico, con la pala, con la barreta, a veces sobre la nieve, soportando una temperatura de veinte grados bajo cero; mientras tú duermes tranquilo arrebujado en tus mantas, los infelices dan diente con diente; tú saboreas riquísimas viandas; ellos sentados a la redonda en un fogón sólo comen calapare y mote y coquean para matar el cansancio, para matar el frío. ¿Te acuerdas de Chutanayta, el llamero?

Quise despertarme al ver la cara sangrienta de Chutanayta.

—A Chutanayta lo azotaste; después, le prendiste fuego al techo de iro de su choza...

Yo respondí:

—Es cierto...

—Chutanayta no quiso cargar las llamas de su tropa con borato de tu mina, porque tú pagabas doce pesos por tonelada y en vez de dinero, le dabas vales... Para transportar una tonelada de borato hasta la lejana Abra Pampa, Chutanayta cargaba las cuarenta llamas negras de su tropa.

De nuevo se me representó el rostro ensangrentado de Chutanayta.

—Lo azotaste. ¿Era un esclavo? Como no hizo además de coger una piedra para cargar con ella su honda pastoril, le diste duro; luego, cegado por la ira, le prendiste fuego al techo de su choza. La Collaguaima y sus hijos, huyeron cerro arriba.